

UNIDAD 3: LAS NOTAS ESENCIALES O DIMENSIONES DE LA IGLESIA

LAS DIMENSIONES DE LA IGLESIA

Una, Santa, Católica y Apostólica. Estos cuatro adjetivos se incorporaron al artículo de la Iglesia en el Símbolo de la Fe, en concilio de Constantinopla en el año 381. Su origen se remonta a San Cirilo de Jerusalén.

Se trata de cuatro dimensiones, conocidas más comúnmente como notas que muestran en síntesis el misterio de la Iglesia de Cristo.

La Iglesia no las tiene por sí misma. Es Cristo, quien por el Espíritu Santo da a la Iglesia el ser una, santa, católica y apostólica. Y es Él también el que la llama a vivir y practicar cada una de estas cualidades. Sólo por la fe podemos reconocer que la Iglesia posee estas propiedades por su origen divino.

Se trata de cuatro dimensiones inherentes a su ser íntimo, no separables entre sí gracias a su mutua interioridad, entre las cuales no existe una prioridad lógica.

Estas cuatro dimensiones dan a conocer la Iglesia y revelan su relación íntima con el misterio de Cristo.

El Concilio Vaticano II usa estos cuatro adjetivos para definir la única Iglesia de Cristo. En *Lumen Gentium* 8, dice:

“Cristo, único Mediador, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad en este mundo, como una trabazón visible a la cual mantiene sin cesar y por la cual comunica a todos la verdad y la gracia. ..., por una gran analogía se asimila al misterio del Verbo encarnado. Pues si la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como órgano de salvación indisoluble unido a El, en forma semejante la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para incremento del cuerpo (cf. Ef. 4, 16).

Esta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos una, santa, católica y apostólica, y es la que nuestro Salvador, ya resucitado, entregó a Pedro para que la apacentara (cf. Jn 21, 17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y su gobierno (cf. Mt 28, 18, ss.), y la erigió para siempre como columna y fundamento de la verdad (1 Tim 3, 15).

Esta Iglesia, constituida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él, aunque fuera de su estructura existan muchos elementos de santificación y de verdad que, por ser dones propios de la Iglesia de Cristo, inclinan hacia la unidad católica.”

Los textos conciliares muestran claramente que la verdadera y única Iglesia de Cristo existe históricamente de una manera concreta, de tal modo que la Iglesia católica ha de calificarse como la forma existencial de la Iglesia de Cristo. De esta forma se dignifican los elementos eclesiales de las otras Iglesias y se las reconoce también como comuniones eclesiales. Pero este reconocimiento de elementos eclesiales fuera de la Iglesia católica no excluye que la forma de existencia concreta de la Iglesia fundada por Cristo sea la Católica. Las otras son llamadas por el mismo Concilio (LG 15) como “*Iglesias*”, si conservan la sucesión apostólica del ministerio de los obispos, en caso de las Iglesias

Orientales, o como “comuniones o comunidades eclesiales”, en el caso de las confesiones procedentes de la Reforma.

Leamos el texto de *Lumen Gentium* 15:

*“La Iglesia se siente unida por **varios vínculos con todos** los que se honran con el nombre de **cristianos**, por estar bautizados, aunque no profesan íntegramente la fe, o no conservan la unidad de comunión bajo el Sucesor de Pedro. Muchos, pues, conservan la Sagrada Escritura como norma de fe y de vida, y manifiestan celo religioso, creen en el amor de Dios Padre todopoderoso, y en Cristo Hijo de Dios y Salvador, están marcados con el bautismo, por el que se unen a Cristo, y hasta reconocen y aceptan, en sus propias Iglesias o comunidades eclesiales, otros sacramentos. Muchos de ellos tienen también el episcopado, celebran la Sagrada Eucaristía y fomentan la piedad hacia la Virgen Madre de Dios. Así es como el Espíritu promueve en todos los discípulos de Cristo el deseo y la actuación para que todos se unan pacíficamente en un rebaño y bajo un solo Pastor, tal como Cristo determinó. Para obtener lo cual la Madre Iglesia no cesa de orar, esperar y trabajar, y a todos sus hijos los exhorta a que se santifiquen y se renueven de modo que la imagen de Cristo resplandezca más clara sobre la faz de la Iglesia.”*

El Catecismo de la Iglesia también nos habla sobre estas características y nos ayuda a comprenderlas por medio de la luz de la fe, en el punto 750 señala lo siguiente:

“Creer que la Iglesia es "Santa" y "Católica", y que es "Una" y "Apostólica" (como añade el Símbolo Niceno-Constantinopolitano) es inseparable de la fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.”

- Antes de seguir profundizando en la identidad de nuestra Iglesia los invitamos a escuchar la siguiente canción para meditar en su mensaje:

https://www.youtube.com/watch?v=jhN21cF2_Ks

LA IGLESIA ES “UNA”

La Iglesia es una y única porque Dios es uno y único en sí mismo. Por eso, a los Padres de la Iglesia les gustaba presentar a la Iglesia como icono de la Trinidad al definirla como “*el pueblo unido con la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*” (así lo cita LG 4 con las palabras de San Cipriano). Dice el teólogo Clemente de Alejandría en una de sus obras más importantes:

«¡Qué sorprendente misterio! Hay un solo Padre del universo, un solo Logos del universo y también un solo Espíritu Santo, idéntico en todas partes; hay también una sola virgen hecha madre, y me gusta llamarla Iglesia» (Clemente de Alejandría, Paedagogus 1, 6, 42).

Esta unidad se consumará escatológicamente cuando “*Dios será todo en todos*” (1Cor. 15, 28), consumación que el Pueblo de Dios prepara y, mientras es caminante, comienza sobre la tierra.

El Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* 14 afronta la cuestión de cuáles son las condiciones para una plena incorporación a la estructura visible de la Iglesia. Esta plena incorporación se da a partir de los tres vínculos que expresan: la unidad de la fe, la unidad en los sacramentos y en la vida social bajo la guía de los mismos

Pastores. Estos tres elementos ya están planteados en Hechos 2, 42 en su descripción de la primera comunidad de los discípulos: unidad de fe, por la enseñanza de los apóstoles; vida social en forma de comunión fraterna y unión en la fracción del pan.

Será San Roberto Belarmino (1542-1621) quien lo sistematice y convierta en paradigmático:

“La Iglesia es la sociedad de los hombres en camino sobre esta tierra, unida por la profesión de la misma fe cristiana y la participación en los mismos sacramentos bajo el gobierno de los legítimos pastores y en primer lugar del Romano Pontífice”.

Unidad de Fe:

La fe es principio de unión entre las personas porque todas creen lo mismo, tal como es atestiguado por la Escritura en la Iglesia, y por eso la fe es principio de unidad tanto interior, ya que todos los que creen coinciden en un mismo y único objeto; como exterior, ya que la manifestación externa de esa fe también es común. Esta fe se expresa en la confesión eclesial del CREDO, o Símbolo de la FE.

Unidad de Sacramentos:

El sacramento máximo de esta unidad es la Eucaristía, que junto con el otro sacramento mayor, el Bautismo, significan y realizan la Iglesia. Por esto, la tradición ha visto unánimemente en el agua -bautismo- y la sangre -eucaristía- que salieron del costado abierto de Cristo Crucificado el símbolo de los sacramentos que unen a Cristo y forjan la Iglesia. De hecho, la misma tradición también ha mantenido que la eucaristía es sacramento de la unidad y que su efecto espiritual es la unidad del Cuerpo Místico.

Por esta razón, según los Santos Padres, *“la eucaristía hace la Iglesia”*, el cuerpo eucarístico hace el cuerpo eclesial. La eucaristía hace y significa inseparablemente a la Iglesia como Cuerpo de Cristo y por lo tanto significa su unidad profunda y plena.

Unidad de vida social - comunitaria:

Las imágenes del Nuevo Testamento para expresar la realidad eclesial manifiestan la cooperación mutua necesaria para posibilitar una Iglesia que sea construcción edificada entre los fieles entre sí y sobre los ministerios. En esta obra del ministerio, se involucra a todos los cristianos en la construcción del Cuerpo de Cristo, y en esa obra el ministerio jerárquico tiene la misión de organizar y conducir la unidad al Pueblo de Dios.

Es en ese sentido que la *Lumen Gentium* orienta todo el capítulo III, de tal modo que tanto el Romano Pontífice, como los obispos son vistos, cada uno en su ámbito, como principio y fundamento visible de unidad en la porción de la Iglesia a ellos encomendada. Por esta razón se afirma que *“esta función que el Señor confió a los Pastores de su pueblo, es un auténtico servicio que en la escritura recibe el nombre de *diaconía* o ministerio”* (LG 24).

Las heridas de la unidad:

En el transcurso de la historia comprobamos que esta una y única Iglesia de Dios se vio afectada por escisiones ya desde los primeros tiempos. En los siglos posteriores surgieron disensiones más profundas y grandes comunidades se separaron de la comunión plena con la Iglesia católica. Tales rupturas lesionan gravemente la unidad del Cuerpo de Cristo. En ellas siempre hubo errores, limitaciones, egoísmos y mezquindades humanas.

El Código de Derecho Canónico en el Nro. 751, distingue tres formas de lesionar la unidad de la Iglesia:

“Se llama herejía la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma es el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos.”

Las heridas de la unidad afectan gravemente al deseo de Nuestro Señor: *“Padre que todos sean uno”*. El papa lo coloca entre los pecados que exigen un mayor compromiso de penitencia y conversión.

Los últimos Papas exhortan a la Iglesia al trabajo por el ecumenismo. Es este un problema crucial para el testimonio evangélico en el mundo. La unidad es un don del Espíritu. A nosotros se nos pide secundar este don, con gestos concretos y visibles de diálogo, de apertura y de solidaridad.

LA IGLESIA ES “SANTA”

“Santa” fue el primer adjetivo que se dio a la Iglesia.

Como Israel, en virtud de la elección y la Alianza con Dios, los cristianos son *“una nación santa”* (1 Ped 2,9).

Ellos mismos son llamados *los santos* (Hech 9,13.32.41), o también *“los santos por vocación”* (Rom1, 7; 1 Cor.1, 2). De ahí que sean miembros de la Santa y Celestial Jerusalén (Is 4,3; Col1, 12; Ef 2,19).

La raíz sacramental de esta condición es el Bautismo. Así lo expresa San Pablo en la Carta a los Efesios 5, 25b-27:

“Cristo amó a la Iglesia. Se entregó por ella a fin de santificarla, purificándola con el baño de agua, por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo resplandeciente, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada”.

Además esta santidad se expresa porque está al servicio de los santos y de su santificación.

La importancia de la calificación de la Iglesia como Santa se da también en la fórmula *“comunión de los santos”*, que aparece como artículo del símbolo de la fe.

Este artículo se refiere a la comunidad eucarística donde la Iglesia se hace visible y se realiza como la *“comunión de los dones santos”* en ella recibidos. Al mismo tiempo se realiza la *“comunión de los santos santificados”* tanto los ya glorificados como los que aún peregrinan en este mundo.

El Concilio Vaticano II en la Lumen Gentium hace referencia a la santidad de la Iglesia de varias maneras y en distintos contextos. Por ejemplo la llama *“indefectiblemente*

santa” (39), “Iglesia santa” (5, 8, 26, 32), “esposa inmaculada” (6) “pueblo santo”(9), “digna esposa” (9), “sacerdocio santo”(10), etc.

Estas afirmaciones tienen un carácter escatológico que queda claro cuando se afirma en el Nro. 48:

“El final de la historia ha llegado ya a nosotros (cf. 1Cor 10,11), ya la renovación del mundo ya está decidida de manera irrevocable e incluso de alguna manera real está ya por anticipado en este mundo. La Iglesia, en efecto, ya en la tierra, se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta.”

La Iglesia siempre necesitada de purificación, renovación y reforma:

El Vaticano II, subraya con fuerza esta realidad de la Iglesia “abraza en su seno a los pecadores” y que, “santa y siempre necesitada de purificación, busca sin cesar la conversión y la renovación” (LG 8).

A su vez recuerda en el Documento que trata sobre el Ecumenismo que “*la Iglesia, peregrina en este mundo, es llamada por Cristo a esta reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana necesita continuamente*” (*Unitatis Redintegratio* 6). De esta forma, acentúa el carácter peregrinante de la Iglesia, que no se identifica con el Reino de Dios, sino que en ella está presente misteriosamente.

En definitiva, la necesidad de purificación, de renovación y de reforma es connatural a la Iglesia por ser “*una realidad compleja en el que están presentes el elemento divino y el humano*” (LG 8). Ya que “*la Iglesia avanza en medio de las pruebas y dificultades y se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios prometida por su Señor. Así no deja de mantener la fidelidad perfecta a pesar de la debilidad de la carne, sino que, permanece como esposa digna de su Señor y se renueva sin cesar por la acción del Espíritu Santo*” (LG 9).

El calificativo de SANTA le viene, entonces, a la Iglesia del hecho de estar unida a Cristo. Está santificada por Él; por Él y con Él, ella también ha sido hecha santificadora.

La Iglesia es santa, por ser el Cuerpo de Cristo y su Esposa.

LA IGLESIA ES “CATÓLICA”

Afirmar que la Iglesia es CATÓLICA, quiere decir que está abierta a todos los pueblos. El término “católico” aparece por primera vez en San Ignacio de Antioquía (siglo II), que habla de la iglesia católica, de la Iglesia universal, el concepto es indudablemente neotestamentario. Jesús predica un reino universal y confía a sus discípulos la misión de anunciarlo a todos los pueblos (Mt 28, 19s; Mc 16,15s; Lc 24,47s). Esta concepción se ha completado con la afirmación de una universalidad también en el sentido temporal: la Iglesia es universal porque, permaneciendo fiel a su fundador y a sí misma, está en condiciones de ofrecer a los hombres de todos los tiempos y culturas una salvación que no es alienante. Por eso, más que en virtud de la difusión geográfica y numérica, la catolicidad es valorada hoy basándose en la fidelidad de la Iglesia a su vocación misionera. El concepto de catolicidad es desarrollado por San Cirilo de Jerusalén, quien dice:

La Iglesia es católica porque está esparcida por todo el mundo; enseña en plenitud toda la doctrina que los hombres deben conocer; trae a todos los hombres a la obediencia

religiosa; es la cura universal para el pecado y posee todas las virtudes (Catechesis 18,23).

Como nos explica el Catecismo de la Iglesia Católica en los números 830 y 831, la palabra “católica” significa “universal” en el sentido de “según la totalidad” o “según la integridad”.

- Es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano.
- Es católica porque Cristo está presente en ella. En ella subsiste la plenitud del Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, lo que implica que ella recibe de Él la plenitud de los medios de salvación.

Esta catolicidad de la Iglesia se manifiesta verdaderamente presente en cada Iglesia particular o diócesis; que es una comunidad de fieles unidos a sus pastores, los obispos. Es decir, que en cada Diócesis se realiza plenamente la totalidad y la integridad de la Iglesia Católica. Son plenamente católicas en la medida que están en comunión entre sí y fundamentalmente con la Iglesia de Roma.

LA IGLESIA ES “APOSTÓLICA”

El atributo de APOSTÓLICA le viene a la Iglesia del hecho de estar fundada por Cristo sobre el cimiento de los Apóstoles.

Los Apóstoles fueron testigos elegidos y enviados por el mismo Señor Jesús.

La Iglesia guarda y transmite la enseñanza, el depósito de la fe de las palabras oídas a los apóstoles.

La Iglesia sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por aquellos que suceden a los apóstoles en su ministerio pastoral.

La sucesión episcopal es la garantía y el signo de que la Iglesia se mantiene en la tradición apostólica. La carencia de tal sucesión basta para poner en evidencia la falta de unidad con la iglesia. En esa sucesión la del Obispo de Roma ocupa un lugar peculiar y forma parte de la concepción propia de la apostolicidad para la Iglesia Católica.

Leamos el Nro. 863 del Catecismo de la Iglesia Católica:

“Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de san Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y vida con su origen. Toda la Iglesia es enviada al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío.”

El principio de apostolicidad existe desde los mismos orígenes de la Iglesia, en la concepción que se tenía de ella como una comunidad iniciada por los apóstoles pero llamada a una extensión y duración escatológica. La Iglesia no es otra cosa que la dilatación del primer núcleo apostólico, y de su misión y ministerio único.

El siguiente extracto de la carta de Ignacio de Antioquia a los Tralianos, escrita alrededor del año 110, nos da un ejemplo de esto:

“Ciertamente, cuando se someten al obispo como se someterían a Jesucristo, entonces resulta claro que están viviendo no al modo puramente humano, sino como lo quiere Jesucristo, quien murió por nosotros, para que por medio de la fe en su muerte puedan escapar a la muerte. Es necesario, por lo tanto - y eso es lo que ya hacen - que no hagan

nada sin el obispo, y que sean sumisos también al presbiterio, como si fuera a los apóstoles de Jesús, nuestra esperanza, en el cual seremos encontrados, supuesto que vivamos con Él [...].

Para toda la comunidad eclesial (pastores y fieles) asumir el envío de Jesús significa que hemos sido enviados. Cuando decimos que la Iglesia es apostólica, afirmamos que este envío constituye la naturaleza de la Iglesia. Este es el significado más primitivo del término. El enviado es misionero. Que la Iglesia sea apostólica significa que es misionera por naturaleza: es lo que somos, nuestra identidad más profunda. Por lo tanto los discípulos tienen que llegar a ser apóstoles.

Es por todo esto que la apostolicidad se manifiesta claramente cuando la misión es capaz de hacer discípulos que formen comunidades. Éstas son espacios de crecimiento de la fe, profundización de las enseñanzas y vida de caridad hecha servicio para los más pobres, solidaria con todos e inclusiva de los alejados.

- A modo de repaso y síntesis te invitamos a que veas el siguiente video que resume lo aprendido en la unidad:

https://www.youtube.com/watch?v=SfZXxiErjIM&list=PLIcePO_eJb29N9A8jilhxdVa_nyZVhEnT&index=53

LECTURAS PARA PROFUNDIZAR:

Catecismo de la Iglesia Católica, 811-870.

Documento de Puebla, 225.

- ACTIVIDADES PARA TRABAJAR LA UNIDAD:

1. ¿Cuáles son las dimensiones de la Iglesia? ¿En quién tienen su origen?
2. Realiza una síntesis escribiendo oraciones cortas (podes hacer un punteo de no más de 5 oraciones) con las características principales de cada una de las notas de la Iglesia.
3. Lee las siguientes citas bíblicas e indica a que nota de la Iglesia hace referencia:
 - a. Mt 16,18-20
 - b. 1Co 12,12-13
 - c. Mt 28,19-20
 - d. Ef 5, 25b-27

PARA REZAR:

Oremos especialmente por la unidad de los cristianos:

*Señor, te confesamos nuestra culpa
por no vivir en comunión con los otros y
por no saber mirar más allá de nuestros límites.
Enséñanos a divisar cómo es incompleto todavía
el camino de la unidad y ayúdanos a reconocer
cuán valiosa la contribución
de nuestros hermanos y hermanas
para la edificación del Cuerpo de Cristo.
Fortalécenos para que perseveremos en el camino hacia la unidad.*

*Inspíranos, danos energía y espíritu de iniciativa,
otórganos imaginación para superar las divisiones de tu pueblo.
Y porque en Tí se realiza la verdadera unión,
te damos Gloria y Honor,
y te adoramos ahora y siempre
y por los siglos de los siglos.
Amén.*